

vulgar película de aventuras —que no está a altura ni de las más mediocres que en este género han podido hacer las cinematografías más subdesarrolladas—. "Oro rojo" puede incluso indignar porque su vacuidad está repleta de frases rimbombantes: se habla de fascismo, de la libertad, de la mercantilización de las más elementales necesidades humanas. Se habla de todo ello, pero nada tiene que ver con la aventura que se nos cuenta, o cuando se hace adquire términos melodramáticos, falsos, antiguos...

Vázquez Figueroa es el director de esta cosa. Novelista popular y de mucho éxito, no ha podido resistir la tentación de ser él mismo quien dirija en cine una de sus novelas. Pide benevolencia por ser su primera película. Pero la benevolencia es algo privado y no hay por qué juzgar películas de este corte en orden a biografías personales. Si es la primera, es horrenda. Como si fuera la número quince. Aunque el cine se abarrote noche y día y se mantenga la película en cartel durante años. También fue "No desearás al vecino del quinto" una de las películas de mayor éxito del cine español, y es abominable (aunque con mayor ingenio que esta "Oro rojo"). Esta película no tiene razón de ser. O en cualquier caso, que se hubiese limitado su autor a contar como pudiera la simple historia de una aventurita marinera. Pero que no la llene de "mensajes", por favor.

Naturalmente, "Oro rojo" tiene otra vertiente posible. La del humor. Bien lanzada podía ser de los mejores éxitos cómicos del año. Basta recordar la aparición final de Terele Pávez faca en mano. O plantearse la existencia de esas panaderas y pastoras que viven en pleno desierto. O recordar los fastuosos trajes de los "coco-no-sé-qué", guardias al servicio del dictador... Puede ser de risa "Oro rojo" y a lo mejor lo es incluso en la intención de los responsables. El público aplaudía contento las situaciones cómicas, pero con avaricia, porque había muchas más de las aplaudidas.

Puede que la historia del comercio de la sangre en los países subdesarrollados latinoamericanos sea cierta. Puede que un señor que pasa por allí se transforme en la gran esperanza de los desangrados. Puede que el dictador se dedique a violar insistentemente a la misma moza por valles y riscos. Puede que las mujeres del desierto se acerquen a una mercería a comprar cosméticos. Puede que todo sea verdad. Pero parece mentira. ■ D. G.

ARTE

La escultura de Chillida ya cuelga bajo el puente de Juan Bravo

Me he ido hace dos o tres días al puente de la Castellana, o al de Juan Bravo, como quiera llamarse..., a su parte baja —a lo que llaman sus propios creadores, José A. Fernández Ordóñez, Julio Martínez Calzón, Eusebio Sempere—, ... lo que llaman "museo de escultura al aire libre". He ido para ver la escultura de Chillida, ya colgada triunfalmente allí. Y allí estaba, efectivamente. No pude ir en el momento "histórico" de su segunda colocación, igual que fui en el momento, también "histórico", de su retirada, pero fui después, tranquilo, para ver a "nuestra" sirena varada —porque, sí, ahora ya la podemos considerar "nuestra"... ¿Hay algo que podamos considerar más "nuestro" que un monumento público, un monumento de la ciudad?—, y si la tal sirena está varada, lo está ya voluntariamente, porque ya ha llegado a su destino y ahí es

donde quiere estar. Pues sí, llegué al museo, al cual yo prefiero llamarlo "jardín de esculturas", y así lo llamaré en adelante, para sentarme allí un rato y solazarme con nuestra victoria. Porque, sí, se trata de una victoria... ¿Victoria de quién? Victoria, pienso, del espíritu de los artistas contra el espíritu de los concejales. Y hasta tal punto yo pienso eso así, que cuando decidí hacer esta pequeña crónica, pensé titularla tal y como va, con este pequeño subtítulo: "La derrota de los concejales". Pero no. Pensándolo mejor, decidí dejar a salvo a algún concejal que estuviera del lado de los artistas.

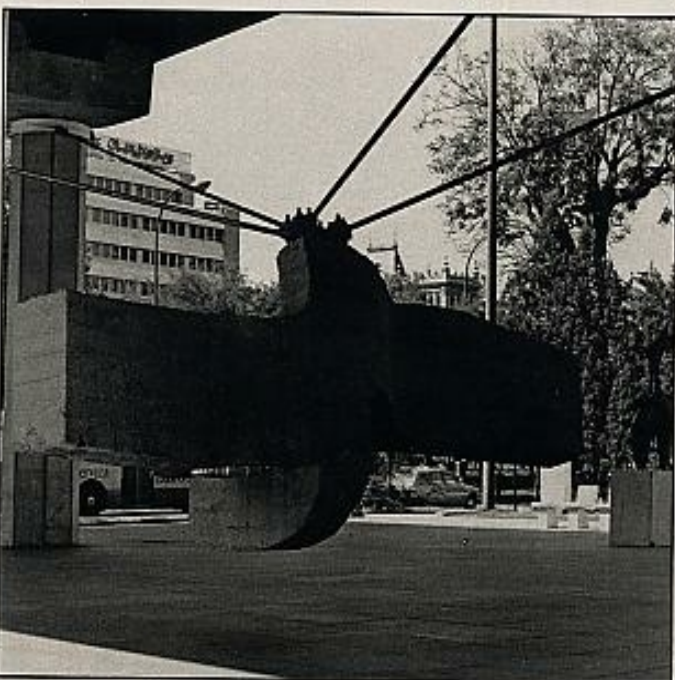
Yo recuerdo, cuando se produjo la victoria de los concejales acaudillados por don Carlos Arias, la triste escena nocturna de la retirada de nuestra sirena en derrota. Fue una retirada que podríamos pensar vergonzante, porque se diría que los concejales victoriosos hicieron la escena incluso con "nocturnidad". A pesar de todo, hubo cien o algunas personas más que fuimos testigos coléricos, pero que nos tragamos nuestra rabia, o la camuflamos en una salva de aplausos, como podíamos haber aplaudido a un gladiador herido de muerte. Recuerdo que yo, en aquella reunión de hombres tristes, no se me ocurrió más que un grito cuando, montada en un triste camioncillo, pasaba la "sirena" ante nosotros exhibiendo orgullosamente la victoria de su derrota. Yo grité repetidamente —¿Y por qué misteriosa intuición se me ocurrió aquel grito aque-

lla noche?—, yo grité, digo, ¡Picasso!, ¡Picasso!, ¡Picasso! Sí: es que pensaba que aquello que perpetraban "los concejales" era, sin duda, una acción desesperada contra el espíritu de Picasso en el mundo. Recuerdo... recuerdo muchas cosas de aquella noche, ¿por qué?... Recuerdo que yo me fui y todos nos fuimos tristes y cabizbajos. Yo dormí mal y me figuro que los otros tampoco dormirían bien. Una derrota inútil no deja vivir.

Aquella noche, claro, dormí mal. A las nueve de la mañana del día siguiente, no es que no me hubiese levantado: es que aún permanecía dormido. Por eso, llegé a mi lado a despertarme: "Papá, papá, levántate. Hay malas noticias". Sí, le dije medio adormilado, "los concejales" han levantado ya la escultura de Chillida. Y mi hijo, suavemente, continuó: "Sí, claro, pero no es sólo eso, papá: ¿es que ha muerto Picasso?". Me levanté de un salto. Claro que me levanté. Y claro que se me fue el sueño. Me senté sobre la cama, me restregué los ojos y cometí el pecado de atribuirles a "los concejales" ese nuevo crimen. Pensé —que me perdonen, pero lo pensé así en mi duermevela—: ¡Cabrones! Otra cosa no sabrán hacer. Si imaginan un Ministerio, tienen que copiar un monasterio, pero cuando se trata de hacerle sentir al enemigo su derrota, pueden llegar a situaciones wagnerianas. En eso, hay que reconocerlo, son geniales. Pero en seguida rectifiqué. Pido perdón otra vez. No, me dije, los concejales son demasiado pequeños para asociar a Picasso al festival de sus victorias.

Pero, en fin, yo lo que quiero es hacerlos sentir a vosotros el festival de nuestra victoria. La escultura de Chillida ya está donde debe estar. Yo he votado por ella. Me fio mucho más de lo que me dice la técnica de José Antonio Fernández Ordóñez —que por algo es tanto un artista como un ingeniero— que de la técnica concejaliana. Yo estaba allá debajo, mirando a la escultura, y no tuve más remedio que pensar: Bueno, ¿Y qué? ¿No acabarán teniendo razón los concejales? Porque yo he votado muy rápidamente a favor de los artistas. Pero no. Yo sigo votando a favor de los artistas. Porque siempre tendrá más razón un artista que un concejal, aunque sea ingeniero. ¿No es cierto, Miguel Ángel, el de la cúpula vaticana?

¿Quién ha ganado con esta victoria? Ha ganado esa ciudad —esa villa— llamada Madrid. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN. Foto: OTERO VILA.



"La sirena varada", en el jardín de esculturas de la calle de Juan Bravo.